

LUTO POR PASCUAL IBARRA

Sí, estamos de luto, amigos. El que fuera fundador, primer Presidente y, mientras tuvo fuerzas, alma de nuestra Sociedad nos ha dejado en los comienzos de este diciembre. Un largo tiempo de sufrimiento progresivo que llegó a agotar su indomable resistencia le ha llevado a encontrar el supremo descanso y el premio eterno que podemos esperar para quien supo vivir sus creencias y su religiosidad con la integridad y el rigor que puso en todo cuanto de verdad sentía.

No estará de más que esta Sociedad que él principalmente creó llegue a homenajear debidamente su memoria; pero hoy, forzado por la cercanía de las fechas y porque en mi retiro navideño no me es factible, ni tampoco tendría sentido, intentar un acopio de datos personales o biográficos, únicamente sabré dedicar a nuestro grande y buen compañero las modestas palabras que me dicten nuestra vieja amistad y el recuerdo de tantos puntos de coincidencia entre su camino y el mío. Largos caminos ambos.

El primero de esos encuentros, naturalmente, es el de nuestro mutuo conocimiento. Debió de ser allá por el año 60 cuando Julio Fernández Biarge me llamó para proponerme participar en unos cursillos que se organizaban todos los años para preparación de profesores de los institutos laborales entonces existentes. Julio había intervenido en las ocasiones anteriores pero aquel año, y a última hora, le habían comprometido para examinar en las mismas fechas en Guinea; de alguna reválida probablemente. La urgencia del caso y su deseo de no producir ninguna perturbación hizo que me recomendase -desconocido como yo era- y me presentara al organizador de aquellos cursillos que era precisamente Pascual Ibarra. Así creo que nos conocimos. Por lo demás, el curso funcionó bien y me dejó un excelente sabor; y nosotros desde entonces fuimos amigos.

Por insustancial y estrictamente personal que pueda parecer este episodio, se me perdonará su evocación por lo que a mí en particular me sugiere y pueda resultar de significativo a los demás. Es curioso en efecto que, por las vueltas que da la vida, figuramos en él Pascual, Biarge y yo mismo, los primeros que sucesivamente ocupamos la Presidencia de la Sociedad "Puig Adam".

Pero, además, este mismo nombre tiene claras resonancias en la vida de Pascual Ibarra. Sin la menor duda quiso él bautizar así a nuestra Sociedad en homenaje a quien para él fue maestro, inspirador y amigo. Don Pedro Puig Adam había fallecido poco antes, en enero de aquel 1960, y aún podíamos rememorar las palabras que le ofrendaron Fernández Biarge, con que había convivido en el Instituto San Isidro, y Pascual Ibarra, que sentía por él auténtica veneración. Como colaborador suyo en la formación de la enseñanza laboral que en aquellas fechas nos congregó, se trasladaba desde su cátedra en Valladolid, un Valladolid que a mi parecer quedó para siempre fuertemente impreso en su alma cuando más tarde pasó definitivamente a Madrid.

Aquí se entregó con el vigor y el ímpetu en él acostumbrados a su labor en la cátedra o en la Inspección de Enseñanza Media, en los programas de actualización de la enseñanza de la

Matemática o en la Escuela de Formación del Profesorado, en actividades de la Real Sociedad Matemática Española, en ponencias para comisiones y comunicaciones a congresos, en conferencias, artículos, lecciones y, de modo especial para nosotros, en formar y consolidar nuestra Sociedad, ocupándose de los menores detalles, desde los concursos de problemas hasta este mismo Boletín, para el que solicitaba colaboraciones a sus colegas cuando no era él mismo quien entregaba sus propios trabajos. Así hasta pasada su jubilación en la que muchos de nosotros le acompañamos. En unas u otras de esas tareas lo hemos conocido casi todos y yo, en particular, he recorrido con él grandes tramos de nuestro quehacer común.

Ahora que se nos ha ido, la imagen que a mí al menos me queda presenta distintas notas, todas ellas sin embargo relacionadas. La primera, por ser seguramente para él la más acusada, ya la hemos señalado: su devoción por la figura y la obra de su maestro, en la vida y en la enseñanza, don Pedro Puig Adam. Honró su memoria en toda ocasión, nos ilustraba con las actitudes, posturas y lecciones de él recibidas, y fue él su referencia y guía constante en toda su actuación. Tal demostración de fidelidad, virtud admirable y más en tiempos en que no parece abundar demasiado, es, entre las que componían su personalidad y su carácter, digna de figurar en un lugar de privilegio.

Carácter el suyo, por otra parte, sólido y de gran fuerza y entereza. No era persona versátil ni que se dejase llevar de vaivenes. Había abrazado unos principios muy bien fundamentados y los defendía incluso con vehemencia pero siempre, también, con argumentos claros y bien contruidos, haciendo compatible el respeto a los demás con la firmeza de su posición. Ello se reflejaba hasta en su porte exterior: para algunos casi la figura de un militar. No ignoremos tampoco entre sus cualidades el culto a la amistad al que siempre rindió tributo. Tocado ya por la enfermedad y por las limitaciones físicas, seguía manteniendo una tertulia en la que compañeros y amigos le dedicaban sus atenciones generosamente correspondidas.

Dejo para el final la consideración de la que fue su indiscutible vocación: la enseñanza. A su servicio sacrificó otras dedicaciones. Me contaba una vez la posibilidad y aun facilidad con que podría haberse hecho doctor, impulsado por compañeros suyos, como Santaló, que le ofreció su dirección. ¿Y para qué? -me explicaba- Si a mí lo que me gusta, lo que yo quiero, es dar clases de bachillerato Y, ciertamente, sus clases debieron de ser estupendas. No podemos pensar de otro modo quienes le hemos escuchado en conferencias y lecciones llenas de sugerencias, manteniendo sin pestañear la atención del oyente.

La elección de magníficos ejemplos ilustrativos, el establecimiento de insospechadas relaciones entre situaciones diversas, la progresiva y morosa elaboración del motivo principal, convertían en un verdadero gozo sus explicaciones. La mano de su maestro asomaba seguramente por detrás sin despojarle pese a ello de toda su originalidad. Y lo mismo ocurría con las lecciones y artículos que dio a la publicación. Añádase a la consistencia científica la corrección y la elegancia literaria, tanto en la expresión oral como en la escrita, para completar el retrato.

Un retrato que, desde luego, habría merecido mayor profundidad y un mejor intérprete: sin duda lo sería cualquiera de los que disfrutaron de su conocimiento y cercanía. Tengo la esperanza de que todos ellos, y más que nadie su esposa y su hijo, sabrán disculpar la premura y la falta de serenidad con que he tenido que pergeñar este dibujo. Porque todos estamos hoy

de luto. Para todos ha sido un maestro, a todos nos ha enseñado y nos dejó tal lección que seguiremos todavía aprendiendo de él.

Seguro que le gustaría que terminase aplicándole algunas de las palabras que su venerado maestro dedicó a quien lo fue suyo:

"La lección que nos dio no está acabada.

"¡ el corazón no olvida!"

José Javier Etayo